



ENTREVISTA Profesor de Arte en la USAL y la UNED reconoce que no tenía vocación de historiador hasta que cursó una asignatura al respecto en COU y ahora dedica su vida, sin ningún atisbo de duda, a un campo que le llena en horario laboral pero también en su ocio

**RAIMUNDO
MORENO
BLANCO**

PROFESOR DE ARTE DE LA
USAL Y LA UNED

«Me preocupa Notre Dame pero mucho más los bienes para los que no hay dinero como el Monasterio de Las Gordillas»

I. CAMARERO JIMÉNEZ / ÁVILA

Raimundo Moreno Blanco (Ávila, 1978) es profesor de la Universidad de Salamanca (USAL) en Ávila, concretamente de historia del arte y también enseña en la UNED. De esta conversación que les vamos a relatar sacamos una conclusión muy clara: se siente un privilegiado por hacer lo que hace y disfruta con ello y con las grandes posibilidades que le brindan sus quehaceres diarios. Y es que entre otras cosas le ha permitido trabajar codo con codo con gente a la que admira o, quizá mejor, que ha empezado a admirar después de trabajar con ellos y con los que en multitud de casos ha forjado una muy buena amistad.

Aquí no puede por menos que referirse a una larga etapa en Segovia, una ciudad de la que guarda preciosos recuerdos y a la que llegó para ponerse manos a la obra con la Enciclopedia del Románico en Castilla y León. Vivía con las otras cuatro personas que tenían que sacar adelante la publicación y fue, a tenor de lo que cuenta, una experiencia única, de mucho trabajo, pero también de amistad que perdura.

Su labor como historiador le permite moverse en diferentes facetas y de todas ellas saca conclusiones en positivo. ¿Quién diría que Moreno llegó a estudiar esta carrera casi por casualidad? Puesto que (reconoce) «no tenía vocación». No tuvo claro a qué se quería dedicar hasta que no empezó sus estudios de Bachillerato (en el Alonso de Madrigal), pero una vez iniciados le picó una inmensa curiosidad que sigue ahí, intacta y hambrienta de saber y más desde que cursó Historia del Arte en esa Universidad de Salamanca en la que ahora trabaja.

«Estudiábamos historia del arte únicamente en COU y no mucho, una sola asignatura y un curso, pero empecé a ver cosas que me gustaban y como no tenía vocación por ninguna otra cosa... Pues allá que fue, no sin antes pasar el verano leyendo «un montón de cosas que tenían que ver con ello». Era sólo por afición, pero no se ha equivocado. Todo lo contrario «Estoy encantado».



«Pasar horas y horas en un archivo viendo papeles antiguos es algo que me encanta, me relaja. Y me pasa lo mismo a la hora de conducir»

«En esta profesión tienes la obligación de viajar porque el historiador de arte es lo que ve»

Además «lo mejor de mi trabajo es que como profesor tienes muchas facetas que son totalmente distintas, pero que a pesar de esa diversidad, a mí me gustan mucho». Una de ellas es estar investigando en un archivo: «Pasar horas y horas solo en un archivo viendo papeles antiguos me encanta, hasta me relaja. Algo que también me ocurre cuando conduzco».

«En segundo lugar tienes -relata- la obligación de viajar porque el historiador del arte es lo que ve. Te hace estar en continuo movimiento, tienes que ver cosas porque si no lo haces no puedes compararla ni conocer la historia de los monumentos. En el tema del arte todo hay que verlo, patearlo, estar en ello y volver un montón de veces (a catedrales, a monasterios, al Prado, al Reina Sofía hay infinidad de sitios a los que he vuelto muchas veces)». En este punto, no es como en el archivo, porque explica «disfruto si voy solo y si voy acompañado. Son dos maneras diferentes de ver lo mismo».

En el tiempo de ocio reconoce que «cuando me voy de vacaciones a un sitio me voy a uno donde vea algo si no, no voy. Es una pena (dice, aunque creemos que con la boca pequeña) porque es parte del trabajo, pero además es parte de mi ocio».

Y seguimos con otra de las facetas de su profesión e igual de importante en cualquier caso: dar clase. «Transmitir a la gente lo que conoces e intentar que les guste y lo comprendan es maravilloso». Aunque «a veces te das cuenta de que estás muy separado de las cosas». Y pone un ejemplo: «En un Ávila tú hablas de la Muralla y, los alumnos, lo conocen ¿cómo no lo van a conocer? Pero no saben qué es, por qué, cuándo o de qué manera llegó y son cosas que resultan sorprendentes».

Quizá sea porque nos quedamos en lo superficial, le decimos. Sí y no pues «a veces es porque nunca te lo han contado» continúa.

No todo es color de rosa y como buen profesor reconoce que hay alumnos que desquician.

Actualmente da clase en segundo, tercero y cuarto de carrera por lo que hablamos de personas que

rondan los veinte años. Si bien también tiene «la gran suerte de dar clase en la UNED» y, allí, la situación es diferente: «He tenido un alumno hasta el año pasado de 86 años» es gente que sólo va «por placer a hacer historia del arte», además «son personas tremendamente formadas, van solo a aprender, no se van a dedicar a ello y en muchas ocasiones es la carrera que no hicieron en su momento, les quedó pendiente y la retoman».

Asegura que son «alumnos muy interesados y gente a la que es muy complicado dar clase porque tienen gran formación. Ahora mismo tengo una fiscal que se ha pedido un año sabático. El año pasado también estaba el director de la Escuela de Arquitectura de Madrid o el de la escuela de aparejadores estudiaban por la UNED. Es muy difícil darles clase». El contraste entre un chaval de 20 años y ellos está muy marcado porque al primero «le puedes contar muchas cosas y en general no las pone en duda pero a ellos... a una persona mayor en la UNED, no». Es, concluye «muy motivador», aunque reconoce que le lleva muchas horas preparar sus intervenciones.

Hablando de esas clases asegura que «soy un poco objetor de conciencia», pues ahora que se obliga a ir al aula, a las clases presenciales (por el plan Bolonia)... él se muestra partidario de que al fin y al cabo y, dado que son personas mayores de edad, «a quien aburra con mis clases prefiero que no vayan y no tengan que sufrir conmigo».

Y es que, al final, las asignaturas son una cuestión teórica que «con una bibliografía pueden llegar a aprobar y así evitamos malos ratos». Si hay un alumno desmotivado crea en el profesor un efecto similar y ante ello «prefiero que estén en la cafetería porque al fin y al cabo también es parte de la vida universitaria. Todos lo hemos hecho».

Conoce muchas ciudades y culturas debido a su profesión, pero preguntado por algún lugar favorito no se decide por ninguno (pues hay muchos) ahora bien, siendo de Ávila, por supuesto que la ha ido descubriendo más a fondo, ha indagado mucho más. Por ejemplo en Piedrahíta «De allí es mi tesis doctoral», después «he te-

nido varias publicaciones de la historia medieval y moderna». Y en estos momentos se encuentra inmerso en el estudio «de la historia de Ávila y su patrimonio en el Siglo XVII, un siglo de crisis, pero sólo en apariencia, parece que en el no se hizo nada, pero está cargado de muchas cosas interesantes». Y es que «el periodo medieval y el siglo XVI se han estudiado mucho, pero hay mucho más después de ese siglo de esplendor y de figuras como San Juan y Santa Teresa». Como decíamos en apariencia de crisis, desgrana «hubo construcción de edificios y modificación de otros, muy interesantes». Ha quedado en la sombra y ahora poco a poco «estoy haciendo una investigación que me va a llevar mucho tiempo al respecto. De hecho si hubiera conocido mucho de esto cuando empecé hubiera hecho la tesis de ello». Hay grandes arquitectos en aquel entonces que por noticias no se conocía que habían estado aquí, «pero estuvieron». Habla de Francisco de Mora, de Francisco Cillero (muy interesante, trabajó en muchos lugares, Ávila, Valladolid, Salamanca, Zamora...), el primer maestro mayor de obras de Ávila. En el XVIII «tenemos grandes arquitecturas como el Palacio del Infante de Arenas, el de los Duques de Alba en Piedrahíta que tan maltratado está ahora porque en lo que eran los jardines le han puesto moqueta de césped artificial, pero de la mala, porque parece que llegas a un minigolf». En sus estudios, lo dicho, mucho protagonismo para Ávila, pero también de Segovia, de Toledo, de Madrid.

Teniéndole enfrente, cómo no preguntarle por Notre Dame y el gran incendio de hace apenas unos días. Un suceso «grave», pero por el que no se muestra especialmente preocupado porque es «recuperable» todo lo que se ha quemado, explica, o un porcentaje altísimo de ello, provenía «de restauraciones del siglo XIX, no es puramente medieval y todo está documentado». «Recuperar a nivel formal la imagen, la volumetría, se va a rehacer, pero hemos perdido el original de todo aquello».

Aquí pone sobre la mesa diferentes teorías de la restauración que ponen en duda el que «se en-

**Conversaciones en el**
LIENZONORTE**¿Qué es lo primero que le viene a la cabeza sobre Ávila?**

La vista desde el Norte o el Este, con los perfiles de los edificios históricos en primer plano y al fondo El Zapatero y La Serrota con nieve en invierno.

¿Qué es lo que más le gusta de Ávila?

Su inmediatez; la posibilidad de poder pasar de un casco histórico monumental al campo en muy poco tiempo.

¿Y lo que menos?

Cierta actitud conformista y autocomplaciente en que en ocasiones caemos sus habitantes.

Un lugar de la ciudad para perderse

Cualquiera de sus muchas arquitecturas históricas... quizás el monasterio de Santo Tomás y la soledad de sus claustros. Aunque también El Soto en primavera u otoño.

Un recuerdo de su infancia.

Los veranos en que acampábamos con mi familia en Gredos.

Un personaje abulense que le haya marcado.

Mi padre, una persona buena en el sentido más amplio de la palabra. En el campo profesional, José Luis Gutiérrez Robledo, por su profundo conocimiento, su generosidad y amistad.

El mayor cambio que necesita Ávila es...

Conseguir un tejido industrial potente que sea capaz de ofrecer puestos de trabajo de diferentes cualificaciones y de convivir con los pequeños negocios. Ser capaz de ofrecer futuro. Mejorar sus infraestructuras y comunicaciones.

Tiene que mantener.

El aire de cercanía entre sus gentes que se vive al salir a la calle.

¿Qué le parece la ciudad hoy en día?

Creo que se encuentra en un momento más importante de lo que a priori puede parecer, puesto que si no se invierte la tendencia negativa que mantiene en los últimos años se va a ver muy reducida a todos los niveles.

¿Cómo ve la ciudad en el futuro?

Ojalá sea una ciudad moderna, bien comunicada, y con estructuras y servicios públicos acordes a sus necesidades. Una Ávila en la que sepan convivir pasado y futuro. Una ciudad humana, dinámica, culta, crítica y ecológica.

¿Qué puede aportar usted a la ciudad?

En la medida de mis posibilidades, profundizar en la investigación sobre su patrimonio arquitectónico y artístico para darlo a conocer.

FOTOS: DAVID CASTRO

gañe al espectador porque claro tú no puedes reconstruir ahora como si se tratase de lo original, por más que supieses cómo era y darle un aspecto de unidad. Esto se ha hecho sobre todo en casos muy especiales, por ejemplo después de los bombardeos de la II Guerra Mundial se deshicieron muchas ciudades de centro Europa que se reconstruyeron exactamente igual por una cuestión social, porque era la ciudad de unas personas, para que éstas vuelvan». Hay un paralelismo entre lo que ocurrió entonces, en la guerra y ahora, con Notre Dame «se ha producido algo traumático y se tratará de reconstruir mimeticamente, tal y co-

mo era antes del incendio, aunque se pongan testigos dando fe de que fue rehecho en el siglo XXI y para que quede a futuro».

Así que, resume, «con matices, claro, me preocupa, es una desgracia pero material y, además, no va a haber problemas porque se están produciendo donaciones y se ofrecen decenas de millones para hacerlo, pero me preocupa mucho más los bienes para los que no hay dinero, me preocupan Las Gordillas y que no se sepa de quién es y (recuerda) está declarado Bien de Interés Cultural. Si no aparece el dueño el Estado debe quitárselo por ley».

Y como por Las Gordillas, hay otros BIC en la provincia que no

han corrido mejor suerte y están en riesgo por falta de dinero. Y esto saca a la luz otras preocupaciones al respecto de las rehabilitaciones que a veces se hacen con ese patrimonio porque, apunta, «no es necesario hacer de todo un centro de interpretación», sería suficiente con impedir que se sigan deteriorando, frenar su desaparición al fin y al cabo «que se consolide».

Preocupado por ello no lo está menos con el hecho de que haya dinero para lo ocurrido en París y por falta de él siga muriendo gente por ejemplo en el Mediterráneo «me resulta obsceno».

La conversación con el Moreno historiador deriva en preguntas so-

bre si es amigo de Internet, de las redes sociales... Quizá para dar a conocer los estudios en los que tanto tiempo invierte. Y sí, por ese lado sí, las puede hasta considerar en positivo. Pero, hasta cierto punto, nada más.

Le comentamos que a la hora de preparar su entrevista no encontramos información suya en redes sociales. Y claro, descubrimos que es lógico porque no es amigo de ellas. «Puede que sea por pudor, pero también porque lo considero una pérdida de tiempo y porque no me mejora la vida en nada». Asegura que está en ellas pero por obligación porque como en la universidad «estamos en constante formación» tuvo que

hacer un curso de profesores denominado 2.0, entonces las abrió porque «nos obligaban a explorar las capacidades de las redes para llegar a los alumnos y lo hice pero todos los perfiles que tengo son con identidades falsas. A mí no me aportaban nada, pero a mis alumnos tampoco porque hay cursos virtuales para relacionarme con ellos» y concluye «si en un único sitio encuentran todo ¿para que lo voy a transmitir por más? Pueden acceder a ese curso sin necesidad de redes y desde su teléfono». Y concluye, «prefiero estar con mis amigos en un bar, tomando un vino o lo que sea, pero con ellos». Aquí sí, de manera presencial.